

The Mirror Column
2-22
Bishop William Joensen

Madre de Doctor (y Enfermeras y de todo el Personal de Salud)

El afamado médico de Des Moines y miembro de la parroquia de la Catedral de San Ambrosio, el Doctor Richard Deming fue galardonado recientemente cuando el Centro Médico MercyOne dedicó su nuevo Centro de Cáncer que lleva su nombre. El Dr. Deming nunca se imaginó que este centro de primera clase para el tratamiento del cáncer y de cuidado holístico fuera a llevar su nombre estando aún en vida, menos aún, cuando sigue practicando medicina. Su propia humanidad calurosa es evidente en cada encuentro clínico; un paciente suyo y ahora sacerdote jubilado, el Padre John Bertogli, habló de cómo el Dr. Deming le acompañó durante su batalla contra el cáncer, respetando su dignidad humana a cada paso del camino. El Padre John remarcó que, “su experiencia médica, espíritu compasivo y sentido del humor son dones que solamente Dios puede dar.”

El Doctor Deming atribuye su estilo de dignificación en la práctica de la medicina en gran parte al tratamiento relativamente inhumano que sufrió su propia madre, Odetta, cuando le diagnosticaron cáncer de pulmón en los años setenta. El cariño que no recibió en su experiencia lo impulsa a buscar enmiendas a nombre de la comunidad médica; se le ha escuchado decir, “Yo se ahora que en lo que me he convertido es en parte a su mano invisible y firme en mi espalda, guiándome hasta donde estoy el día de hoy.”

Aunque ya falleció, la madre del Doctor Deming continúa siendo un mediador que acompaña a su hijo. Más que cualquier bata blanca con su nombre bordado, el manto de la sabiduría médica y humana que él viste la compró en parte con el sufrimiento de su madre y se

sostiene con el lazo entre ellos por medio del cual ella de da buen consejo, sanación, una tenaz esperanza y gracia para con sus pacientes.

Escribí esta columna al inicio de la conmemoración de nuestra Iglesia de la Fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, la cual se celebra también anualmente como el Día Mundial de los Enfermos. En 1858, la Santísima Madre reveló a Santa Bernardita que ella era la Inmaculada Concepción y señaló al manantial de agua viva que corría en ese sagrado sitio. Las aguas de Lourdes nos traen limpieza de espíritu, sanaciones en veces milagrosas, una fe y una confianza revividas es Dios y una profunda conexión entre todos los hijos de Dios en nuestro peregrinar hacia la vida eterna.

Santa María nos asegura que no prevalecerán las circunstancias de malestar y de enfermedad que se acompañan de la tentación de sentirse en el aislamiento y la desesperación. En su más reciente mensaje del Día de los Enfermos, el Papa Francisco cita al filósofo judío Emmanuel Levinas para describir esta dinámica: “El dolor aísla de una forma absoluta, y del aislamiento absoluto surge la necesidad de pedir a los demás, de buscar a los demás.” El Santo Padre desarrolla sobre los crueles temores y certidumbres que pueden surgir, en donde los pacientes se empiezan a preguntar si la vida tiene significado alguno.

En este predicamento de enfermedades, qué vital es la vocación de los profesionales de la salud. El pontífice recuerda en esta pandemia de cuánta gente pasó “la última parte de su vida terrenal en soledad, en una unidad de cuidado intensivo, atendidos por generosos profesionales de la salud, pero aún lejos de sus seres queridos.” Qué más valiosos son esos testimonios de la presencia y caridad de Dios quien, en el espíritu de Jesús y su Madre, derraman misericordia y esperanza a las almas convalecientes.

Aunque no podemos saber precisamente el costo total de médicos, enfermeras y todos los demás profesionales de la salud, tenemos algún sentido de las demandas exhaustivas y las tentaciones consecuentes que ellos enfrentan y que se imponen en su propio rol de cómo actuar en su profesión. Nos sorprende su notable valor, estamina, y transparencia al reconocer sus propias debilidades y vulnerabilidades. Estamos profundamente agradecidos por sus sacrificios, su compromiso con la misión de sanar lo más que sea posible, pero siempre con cariño. Como miembros de los fieles, le pedimos a Dios frecuentemente por ellos, para que puedan saber que nos dependen solamente de sus propios instrumentos; ellos también tienen una madre que “les cuida las espaldas”: que los cuida, ofreciéndoles guía y ánimo: la Santa María, la Madre de Jesús. Y al acompañarnos unos a otros en las pruebas y los éxitos, la vida y la muerte, formamos parte de otra madre espiritual que media entre la vida, la sanación y la esperanza: la Madre Iglesia.

Con la dureza que la pandemia a azotado a los equipos médicos, tanto a las familias como a la sociedad en general, existe otro serio reto en el horizonte que amenaza la misión de cuidado de la salud que la Iglesia comenzó desde que Jesús empezó a caminar en la tierra. Los maravillosos actos y tiernas misericordias que fluían de las manos y del corazón de Cristo cuando comenzó su ministerio público se mantuvieron por parte de los apóstoles y por sus sucesores, por aquellos que practican el arte de la sanación, incluyendo históricas comunidades de hombres y mujeres religiosas cuyas vocaciones se dedicaron al carisma del tratamiento y cuidado, hasta el día de hoy con los profesionales laicos. Los médicos de fe y sus colegas creen que la dignidad inherente que ha dado Dios a la persona humana consiste en guiarse de principios, oportunidades y límites sobre lo que deben y no deben hacer en la práctica de su arte que se basa en lo científico.

El Caballero Supremo de los Caballeros de Colón, Patrick Kelly, habló recientemente ante un grupo de obispos sobre la amenazante nueva regla federal que el Departamento de Salud y de Servicios Humanos de los Estados Unidos (HHS por sus siglas en inglés) ha señalado que pondrá en práctica este próximo mes de abril. Esta regla va a ignorar efectivamente la existencia de la Ley de Restauración de Libertad Religiosa, y va a desconocer los derechos de conciencia de los profesionales de la salud para que puedan rehusarse a llevar a cabo ciertos procedimientos cuestionables bajo la amenaza de costosas multas y sanciones tanto para ellos como para las instituciones católicas en las que laboran. Esta prospectiva regla tendrá un impacto negativo en la libertad religiosa y en la misión de profesionales de salud católicos quienes actualmente atienden a más del 15% de los pacientes de este país.

Las provisiones de esta regla pendiente del HHS incluye: (1) reimplementación de mandatos a los hospitales y planes de seguro para que den cobertura y lleven a cabo prácticas de contracepción, medicamentos que provocan el aborto y esterilización; (2) añadir mandatos de cobertura y prácticas de abortos quirúrgicos y una gran variedad de procedimientos para reafirmar transición genérica; (3) mandatos para cobertura y prácticas de servicios de fertilidad que no respetan nuestra naturaleza dotada por Dios y que establecen un dominio de tecnología humana sobre los dones inherentes del matrimonio, la concepción natural y los derechos de los hijos.

Esta regla habla sobre la intención de la administración de remodelar no solamente los servicios de salud y la misión de origen divino de los profesionales de salud católicos, sino nuestra humanidad misma, de acuerdo con su propia imagen de qué es lo que debemos hacer y qué es lo que no debemos hacer en el sagrado espacio de nuestras clínicas y hospitales. Esto va a constituir una invasión de gran escala que viola las vocaciones y consciencias de hombres y

mujeres dedicados a servir y a poner sus propias vidas en la línea a favor de sus hermanos y hermanas de acuerdo con la voluntad de Dios y de su dominio sobre la vida y la muerte. Es una clara afrenta y un intento por “cancelar” a las personas de fe y a la Iglesia misma del área de servicios de salud.

De seguro la Iglesia apoyará varias formas de repercusión legal en contra de una regla injusta. Nosotros ciertamente apoyaremos, oraremos y llamaremos a todos los católicos y personas de buena voluntad para que se respeten y se sigan las normas directivas razonables e iluminadas por la fe, especialmente por aquellos en el frente que procuran los servicios de salud, así como a los administradores y personal que les apoyan. Debemos mantener nuestras cabezas y corazones en calma, tener buen humor, y confiar aún más profundamente que el cuidado providencial de Dios y que los recursos del Espíritu puedan movilizarse exactamente para este tipo de retos, que seamos humildes y que pidamos la presencia de nuestro Señor y su Santísima Madre.

María no es probablemente una “mamá tigre” en el sentido de la palabra, pero ella tiene un lugar especial en su corazón para aquellos que se han comprometido a sí mismo a nutrir la vida, a acompañar y sanar hasta donde Dios lo permita, y a mantenerse firmes como testimonio en contra de aquellos que tratan de suprimir la fe y de dividirnos. Ella es la “mamá” para todas las personas en los servicios médicos que responden a los llamados de gracia, y les iluminará y fortalecerá ante nuestro llamado para que interceda por ellos. Con tal mamá, las puertas del infierno no prevalecerán en contra del Cuerpo de su Hijo, que somos todos aquellos que nos ponemos bajo su manto sabiduría y protección.